

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelmas*

109

La Novela Semanal Cinematográfica



La tigresa  
y el rajá

por  
Adolph Menjou

y  
Evelyn Brent

50 cts.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO DESTAQUE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 15501



## La tigresa y el rajá

Sugestivo asunto, Interpretado por  
Adolph Menjou y Evelyn Brent



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por:

**PARAMOUNT FILMS, S. A.**

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



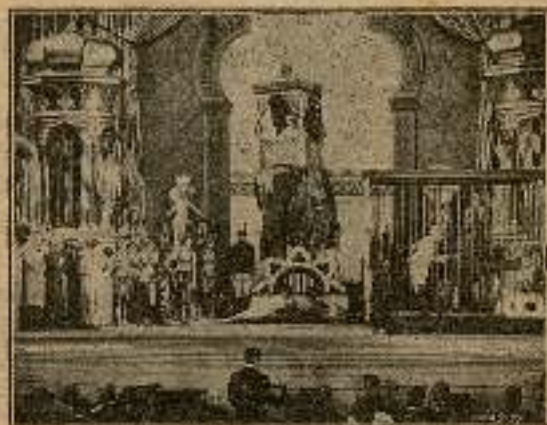
## La tigresa y el rajá

*Argumento de la película*

Enrique Herley, un humilde comparsa de circo, cuya misión era la de presentarse al público con aires de rajá, en el trono de un elefante descomunal, enjazzado con todos los atributos de la realeza india, estaba locamente enamorado. Había puesto los ojos nada menos que en la duquesa Beatriz de Marfi, una divina aristócrata de belleza sin par.

Ocultaba piadosamente ese amor, como una temeridad o un absurdo. ¿Cómo él, miserable empleado, ganador de un sueldo mezquino, se atrevía a contemplar a aquella be-

lla damita, nacida para pisar las alfombras de un palacio real? Y su adoración era sencillamente platónica, envuelta en cierto misticismo, comprendiendo que nunca sería suyo el ídolo de sus ensueños.



*... cuya misión era la de presentarse al público...*

Casi ninguna noche faltaba la duquesa a la función de circo. Ocupaba uno de los principales palcos y estaba siempre rodeada de un cortejo de admiradores, gente rica, capaz de cualquier locura para conse-



guir un poco de amor de aquellos tentadores labios...

Enrique, el humilde empleado, la contemplaba desde el trono del elefante cuando éste invadía el escenario para dar mayor vida a un cuadro de esplendor oriental, o entre bastidores, no perdiendo una sola de las expresiones de aquel rostro hercúleo y encantador.

Se daba cuenta de que la duquesa se aburría ante la mayoría de los números. Únicamente sus ojos se animaban cuando llegaba el acto emocionante de los tigres. Su mirada relampagueaba entonces con estrías verdes, como si hubiera en sus ojos una tempestad; su boca se entreabría expresando una sensación cálida de emoción y de crueldad, sus blancos brazos se estremecían como sacudidos por un fuego voluptuoso.

Sí; ella sólo amaba ese número. El resto de la velada lo veía con indiferencia, oyendo con una risita burlona las ardientes declaraciones de amor, las promesas de estimación eterna que sus admiradores le confesaban al oído.

—¡Morir por amor! — decía, riendo, a

sus admiradores —. ¡Bah, eso ya no se estila! ¡Ese domador de tigres es más hombre que todos ustedes!... Por lo menos, posee lo que ustedes no poseen: ¡Valor!

Enrique, desde los castillos de su fantasía, adivinaba todo eso. Y sus compañeros de circo habían comprendido al fin que aquel comparsa estaba enamorado de la divina Beatriz de Marfí.

—¿Soñando despierto otra vez?—le dijo cierta noche uno de los empleados—. No se duerma, hombre, que hoy es día de pago para la comparsaría.

Enrique suspiró. Habiendo ya realizado su número, cambióse el traje de rajá por el de paisano y siguió por entre cortinajes contemplando el rostro de la duquesa, que ahora se abanicaba con una indolencia oriental.

El empresario le llamó, y Enrique, suspirando melancólicamente ante la imposibilidad de aquella pasión, abandonó su observatorio, mientras unos camaradas comentaban:

—¡Pobre hombre! ¡Está enamorado de la duquesa!

El empresario, que conocía también

aquel sentimiento que había apresado como una serpiente el corazón de Enrique, le entregó su paga semanal y le dijo:

—Tome sus cincuenta francos, hombre... Parece que anda usted muy distraído, y eso no está bien...

Y como viese que Enrique permanecía inmóvil, sin tomar el dinero, añadió:

—¡Coja el billete, rajá, pues los rajás, aunque sean de pacotilla, han de comer para vivir!...

—Lo sé... Lo sé...

Y guardándose alegremente el dinero, comenzó a cantar a media voz con un apasionamiento de galán:

*¡Mi duquesa tigresa!*

*¡Perla de la India!*

*¡Ra, ra, ra, Rajá!*

—¡No sea usted simple!—le advirtió el empresario—. ¿No comprende que la duquesa ni tan siquiera sabe que está usted en el mundo y que monta el elefante?

—Es verdad.

—¿No comprende que no es usted actor, sino simplemente un número? ¿Por qué no olvida a la duquesa y en vez de perder el

tiempo pensando en ella se dedica a ver si le es posible dejar de ser un humilde comparsa? Estudie algo. Yo le ayudaría, si usted quisiera...



—*¡No sea usted simple!*

—¡La quiero! —dijo— Y necesito hablarla, oír su voz...

—¡Qué locura! Es tan difícil que ella se



fije en usted, como en llegar a ser usted un verdadero rajá de la India.

Enrique guardó silencio y se alejó, cabizbajo y pensativo. ¿Qué estaba haciendo? ¡Un comparsa osando levantar los ojos hacia una duquesa! Perdía el tiempo, como si quisiera ser el dueño exclusivo de todas las riquezas del mundo.

Ni la duquesa le conocía siquiera, ni sabía que existiese él, pobre hormiga del vivir humilde.

Y con el dolor de la desesperación y la impotencia volvió a su observatorio, para ver una vez más cómo la duquesa se levantaba y, seguida de un grupo de jóvenes vestidos de frac, abandonaba el palco, con la majestad de una reina auténtica que sólo sabe de homenajes y de adulaciones.

\* \* \*

A la noche siguiente, cuando la duquesa, terminado el espectáculo, se levantó, seguida de su cortejo de amor, Enrique, vestido con el suntuoso traje de rajá que llevaba para salir a escena sobre el trono del elefante, y envuelto en una capa soberbia, enajada de pedrería, siguió sus pasos.

¡Ah, estaba dispuesto a cometer una locura, a ser durante una noche en la vida real lo que era en la escena todas las noches del año! ¡Un rajá, un verdadero rajá! ¿Por qué no gozar de las grandezas que produce la ostentación?

Pensaba que presentándose con traje tan exótico, tan llamativo, la duquesa se fijaría en él, creyéndole un príncipe de las *Mil y Una Noches*, de esos que reparten a capricho las piedras preciosas. Quiso saborear unas horas aquella emoción, pensando interesar de ese modo a la duquesa Beatriz de Marfi, que, tal vez, creyéndole un personaje auténtico, se fijaría en él y le hablaría.

Dispuesto a todo, revistiéndose con la coraza del valor, Enrique marchó detrás de la duquesa. Subió a un taxi ordenando tomarse la misma ruta que el de la bella aristócrata.

La duquesa de Marfi, acompañada de tres amigos, bajó ante la puerta del regio Hotel des Artistes, donde se quedaría a cenar.

Enrique, embarcado ya en aquella aventura, que le iba a proporcionar el amor de la duquesa o un nuevo y espantoso desen-



gaño, se apresuró a entrar también en el suntuoso comedor.

No perdería su dignidad de rajá; procuraría que le creyesen un verdadero príncipe, de esos que tienen mezcladas en el alma historias de sangre y de amor, como un conjunto de diversos colores.

Al entrar él, todo el mundo comprendió que ocurría algo extraordinario... Los comensales dirigieron sorprendidos sus miradas a la puerta; los camareros se hicieron unos a otros señales de inteligencia y pusieron en movimiento ante la perspectiva de una gran propina; el "maître d'hôtel" se dirigió ligero a recibir a la imponente figura del supuesto rajá y, baciéndole reverencias exageradas, le ofreció la mesa más deseable del salón comedor.

Pero Enrique, impasible, orgulloso, desechando aquellos ofrecimientos y paseando su mirada fría e imperiosa por todos los lugares del salón, escogió una mesa por sí mismo, sentándose enfrente de la que acababa de ocupar la duquesa con sus amigos.

—Aquí estará bien, señor—le dijo reverente el "maître"—. Todos estamos por ser-

virle. Porque el deber de todo francés es ser cortés con los extranjeros que honran a la patria con su visita.

—¡Gracias! Estoy bien aquí. Adonde quiera que yo vaya, siempre me encuentro enfrente de la mujer más hermosa.

La duquesa, que había oído la lisonja, levantó los ojos y contempló sonriente a aquel hombre de expresión impenetrable, cuyos grandes y negros ojos tenían un brillo ardiente.

—Soy afortunada—dijo a sus amigos—, Dondequiera que voy, me siento enfrente del hombre más interesante.

Enrique sonrió a su vez. Las cosas iban perfectamente. Durante un momento permaneció impasible, como si la voz de la razón le aconsejara no meterse en aventuras. ¿Es que olvidaba que llevaba sólo cincuenta y tantos francos en el bolsillo? ¿No acabaría su historia de una manera lamentable? ¿Si solamente el cubierto debía valer quinientos francos!

Pero obligó a callar la voz de la razón, para dejar paso a la audacia imprevista y alegre... Se había embarcado en una hermosa aventura y no volvería atrás... Allí era



para todos un gran señor y no debía conocer las tacañerías y las mezquindades.

Levantóse de su mesa y avanzó hacia la de su hermosa vecina.

— Señora, he oído unas palabras... Las agradezco en el alma como el mejor regalo de la tierra. Y si usted y sus amigos quisieran, yo me vería muy honrado con que se trasladasen a mi mesa y aceptaran mi invitación para comer.

— Pero, señor...

— ¡No me niegue la luz de sus ojos, señora! — dijo, dando a su frase la melancólica entonación de una romanza.

La duquesa consultó con sus amigos en una rápida ojeada lo que debía hacer. Estos sonrieron afirmativamente, pareciéndoles interesante comer con uno de los personajes del sugestivo mundo oriental.

Miró la duquesa al rajá y sintióse conmovida por aquella mirada un poco triste, aquellas facciones pálidas y alargadas, de hombre atormentado por un nostálgico vivir.

Era la duquesa una mujer de apasionado temperamento. Sin embargo, fuera de dos o tres "flirts" triviales, no había conocido

nunca el amor y era soltera, habiendo rechazado todas las peticiones a su mano de sangre azul...

Y ahora, cansada de hablar con hombres de Occidente, todos iguales y de existencia parecida, le encantó la idea de entablar amistad con uno de los dueños de los famosos palacios indios donde la civilización y la barbarie reunidas producen un ambiente de aplastante voluptuosidad.

— ¿Acepta usted, señora? — insistió el falso rajá.

— Encantada, pero antes, naturalmente, desearía saber su nombre.

— Me acuso humildemente de mi falta. Los hombres de allá desconocemos esas dulces etiquetas que hacen agradable la vida. Yo soy el rajá Achmed.

— Y yo la duquesa Beatriz de Marfi...

— He leído su nombre en los periódicos — siguió diciendo Enrique —. En las reseñas de los teatros y los circos. Leí que anoche asistió usted a la representación del Circo Royal.

— Voy allí mucho... Me gusta el número de los tigres. Es lo único interesante.

El falso rajá sonrió, amargado. ¡Lo úni-



co interesante! ¡Si ella supiera que estaba hablando con uno de los comparsas que no merecían la menor atención!

La duquesa presentó sus amigos al rajá.

—El duque de Breau... el marqués de Decort... el conde Drogles.

Encantado, encantado... Pero vengan a mi mesa.

Se trasladaron a la mesa de Enrique y éste pidió al "maître" que sirvieran el "menú" más exquisito de la casa.

La comida fué sazonada por los vinos más antiguos, reservados solamente a los reyes de las naciones y de las industrias.

El rajá podía permitirse el lujo de gastar sin medida, y el "maître" ordenaba le sirvieran los vinos privilegiados de rancio abolengo.

¿Cómo iba a pagar aquella cuenta? Enrique no lo sabía, pero por sí las cosas iban mal, ya no le importaba un año más o menos de cárcel. Y, llamando al "maître", le dijo con despreocupación generosa:

—Sirvan champaña para todos los músicos de la orquesta, con excepción del segundo violín, por serme muy antipático.

— ¡En el acto, señor!

Y bebieron los músicos, tocando luego un programa a base de canciones de ritmo oriental en obsequio del gran señor. ¡Oh, esos príncipes orientales! ¡Lástima que no viniera uno cada noche!

Enrique apenas habló durante la comida. Sabía que los orientales son por lo regular gente reservada y no quiso ser una excepción en la regla. Pero ya que no las palabras, ahorradas avaramente, Enrique se entretenía en lanzar miradas intencionadas, llenas de extraño desdén, a la duquesa, que sentía la turbación inquieta de aquellos ojos oscuros que deberían haber vivido tantas horas de amor.

Cerca de la madrugada, y cuando ya apenas quedaba gente en el salón, Enrique, revistiéndose de un valor espartano, pidió la cuenta... ¡Lo que iba a pasar allí!

Sonrió al leer el total, realmente exorbitante, que subía a varios miles de francos. Por su mente pasaron ciertas operaciones matemáticas de resolución dudosa, que procuró muy bien que no se reflejaran en su rostro, mas por fortuna, la incertidumbre duró sólo un momento.

Los tres aristócratas que les acompaña-



ban cambiaron una mirada, comprendiendo que era necesario ser correctos con el rajá y simular que pretendían pagar la cuenta...

—Si el rajá me hace el honor...—insinuó el duque.

—Si el rajá me da el placer...—dijo el marqués.

—Si me permite el rajá...—añadió el conde.

Y todos alargaban la mano para que les diese la cuenta, y con el deseo y la seguridad de que el rajá, agradeciendo aquellas demostraciones de cortesía, se habría de negar naturalmente a acceder a ellas.

Pero entonces Enrique, el famoso magnate oriental, extendiendo la nota de la cuenta a los que se disputaban por pagarla, con regia magnanimidad les dijo:

—Le otorgaré ese honor, duque... Le concederé ese placer, marqués, le permitiré ese inefable goce, conde...

Y dejándoles en plena confusión y anodamiento, el rajá se levantó y, ofreciendo el brazo a la hermosa duquesa, dijo:

—A vuestros pies, duquesa. ¿Me permitís que os acompañe?

—Muy agradecida.

Y desaparecieron majestuosamente, mientras los tres aristócratas pagaban el fabuloso importe de la cuenta.

¡Demonio con la cortesía! ¡Cuesta demasiado cara!

\* \* \*

La duquesa subió a su automóvil acompañada del rajá.

Durante los diez minutos que tardaron en llegar a la mansión que ella habitaba, Enrique guardó absoluto silencio y sólo sus ojos, negros y resplandecientes, parecían tener la elocuencia de la emoción.

—¿Por qué no dice usted algo?—le preguntó Beatriz.

—Entre una mujer como usted y un hombre como yo, las palabras sobran. El silencio, que es admiración y es amor, es el mejor confidente.

—Quisiera oírle hablar, saber un poco del alma oriental... Es usted siempre tan frío...

—En Europa debo serlo. Me creerían un bárbaro, en otro caso... Pero soy impetuoso. En mi país me llaman el férreo Ach-



med, pero generalmente domino mis emociones.

Llegados ya a la casa de la duquesa, encontráse ésta con la sorpresa de que el rajá no se daba por despedido.

—Adonde usted vaya, voy yo, aunque sea al fin del mundo—dijo Enrique con aplomo.

Dominada por la energía de aquella voz, la hermosa duquesita accedió a que el rajá subiera a su casa.

Admiró Enrique la suntuosidad de aquella estancia, donde todo olía a distintos perfumes, donde todo era luminoso y rutilante... Doncellas bellas y elegantes les abrían las puertas, saludándoles con reverencias cortesanas.

Enrique, siguiendo su táctica, no hablaba apenas, y la inmutabilidad de él, aquella sangre fría insolente, molestaban a la duquesa, que hubiera querido que aquel hombre le hiciera alguna escena apasionada, violenta y salvaje, como era lógico esperar de esas gentes del Oriente lejano, para quienes el amor tiene algo de religión y de muerte.

Enrique sentóse en un diván y esperó a

que ella, que acababa de marchar, volviese.

Reapareció la duquesa, ligeramente vestida con un "négligé" elegantísimo, que sólo velaba, como una tenue gasa, las líneas ondulantes y divinas de su figura.



*... hubiera querido que aquel hombre le hiciera alguna escena apasionada...*

Enrique, que amaba profundamente a aquella mujer, por quien estaba ahora cometiendo una extraña farsa, se sintió como sacudido por una descarga eléctrica.

¡Estaba Beatriz tan hermosa! ¡Parecía tan

decidida a saber lo que era el amor de un oriental!

La duquesa se sentó a su lado, envolviéndole en una trémula mirada de cariño.

Se sentía deslumbrada por la presencia del rajá, admirando el exotismo de aquella figura varonil, morena, de expresión valiente.

Tomaron un refresco, servido por doncellas adorables, cada una de las cuales parecía a su vez una duquesita.

Por fin Enrique rompió a hablar y dijo, mientras saboreaba los últimos sorbos.

—Me encanta que sea usted tan bonita... Crea que nunca la olvidaré.

—¿También sabe usted de adulación?

Sólo sé de verdadero amor, de amor capaz de todo para conseguir su fin.

—¡Admiro su valor! —dijo ella, sonriente—. Para mí no hay en el mundo nada más hermoso que el valor.

Volvieron a quedar en silencio, mientras las criadas retiraban el servicio.

La duquesa, inquieta y violenta, exclamó de pronto, viendo cómo el rajá seguía con los ojos a la última doncella que desaparecía tras de la puerta:

—¿Qué le parecen mis hermosas doncellas?

Las gatas no me interesan... Sólo me interesan las tigresas.

—¡Qué miedo! ¡Ah, todos ustedes son



—Me encanta que sea usted tan bonita...

así! He observado que los hombres prefieren las cosas que los hieren y atormentan a las cosas fáciles.

—Por la alegría de vencer lo que más cuesta.

—¡Quizá será por eso que todos los hom-



bres que conozco dicen que me aman!—indicó, maliciosa.

—Yo no se lo he dicho...—exclamó au-



—*Sólo me interesan las tigresas.*

dazmente, mirándola con pasión, pero comprendiendo que un verdadero príncipe oriental siempre disimula sus sentimientos.

—No me lo ha dicho usted... pero me

ama—contestó ella, sosteniendo altivamente su mirar.

Enrique no pudo mantenerse impasible por más tiempo. La emoción le vendía... Se levantó y, concentrando toda su mirada en las oscuras pupilas de la hermosa, acreó su rostro, involuntariamente, trémulos los labios, a la boca divina que lo provocaba con expresión burlona, pero el encanto de aquella atracción sólo duró un instante, pues ella le rechazó.

Enrique, loco de amor por aquella criatura, murmuró:

—¡La amo a usted tanto, que de buena gana daría la vida por usted!

—Todos los hombres me aman tanto que de buena gana darían la vida por mí, pero no lo hacen...—contestó, riendo.

—Quisiera demostrarla de lo que soy capaz... Soy su esclavo, señora. No me importaría desafiar la muerte si con ello lograra el cariño de usted.

—¿No miente usted?

—Un rajá no miente nunca!

—Pues bien; yo de los hombres sólo miro la fuerza varonil y el coraje. ¿Sería usted capaz de entrar dentro de la jaula de

un tigre?—preguntóle, temblando de extra-  
lla voluptuosidad.

Había en ella el ansia misteriosa de la



—La amo a usted tanto que de buena  
gana daría la vida por usted!

mujer para quien el amor tiene cierta vaga  
semejanza con la muerte.

Enrique se estremeció; pero pronto vol-  
vió a él la serenidad, convencido de que

aquella criatura lo merecía todo, aun lo  
más difícil, exponer la vida, si fuera nece-  
sario.

—¡Un tigre! —murmuró displicente el  
rajá, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué  
vale un tigre, a cambio de una mujer her-  
mosa?

—No es ésta la primera vez que oigo es-  
tas palabras, príncipe, y quiero ver si es  
usted como los otros, que luego no las cum-  
plen...

—Por mi parte...

—Ya veremos... Hasta hoy, nadie se ha  
atrevido a recogerme los guantes que en  
el Parque, uno a uno, he ido lanzando en  
la jaula del tigre de Bengala... Ni el duque,  
ni el conde, ni el marqués...

—Yo le prometo entrar en la jaula...

—¿De veras? ¿De veras?

Y sus ojos voluptuosos de felina se ani-  
maban.

—¡Iré!

—Mañana a las tres, estaré en el par-  
que y echaré mi guante al tigre. Y quizá la  
galantería de usted haga aumentar a cua-  
tro los guantes que yo llevo regalados a la  
fiera, a menos que las acciones de un rajá



correspondan, como espero, a sus palabras de valentía.

—No faltaré... Hasta mañana a las tres, señora.

Hizo de nuevo el gesto de querer besar aquellos labios en flor; pero la duquesita Beatriz exclamó, rehuendo su cuerpo de diosa:

—Mis besos para después... Entonces, cuando usted me haya dado esa prueba de interés, comenzaré a creer en sus palabras.

—Duquesa. Es usted interesante, más interesante que todas las mujeres del Oriente.

—Y así y todo será para usted una más, una de tantas como le habrán escuchado.

—Una entre tantas, señora. Las demás fueron pronto flores de vulgaridad y de hastío; usted, en cambio, sería en mi alma inmortal. Me parece, señora, que la conozco desde hace veinte mil años.

—Son muchos años...

—La conocí en nuestra existencia anterior. Las almas se reencarnan, señora duquesa, porque se vive varias veces. Usted y yo ya nos hemos encontrado en alguna otra edad.

Y dejando a la hermosa duquesa de Mar-

fi envuelta en aquella atmósfera de misterio y de engaño oriental, Enrique salió del palacio, regresando velozmente al circo, en el que apenas quedaba ya nadie, se cambió



*Mis besos para después...*

su traje de rajá por uno modestísimo de paisano.

Vestido de aquel modo, recuperó su personalidad, y el opio del ensueño que había



aspirado hasta entonces se desvaneció como por encanto.

\* \* \*

Echó a andar lentamente, bajo las estrellas de aquella noche de abril, dulce noche que hace pensar en el amor.

Se daba cuenta de la gravedad de su situación. ¡De qué modo tan extraño se había comprometido!

Tenía aún en los labios el sabor de los besos de ella, el delicioso perfume de aquella boca de delirio... Pero la duquesa le había besado creyendo que él era un rajá... Si se enterara de su verdadera personalidad, cosa que habría de ocurrir fatalmente, aquel amor se desvanecería como el humo.

Pero ahora, más que ese descubrimiento, lo que le preocupaba era la promesa que había hecho a la duquesita.

¿Tendría valor suficiente para encerrar se dentro de la jaula de un tigre? ¿No le fallaría la voluntad o simplemente los nervios?

Y sintió miedo, un miedo atroz, a pesar de todo. Recordaba los tigres que había vis-

to en el circo, bestias de piel de llamas que abrían sus bocas monstruosas y se lanzaban contra los barrotes de hierro, con un ansia desesperada de destrucción y libertad. ¡Y él tenía que estar al lado de un animal semejante, que había impuesto respeto a todos aquellos aristócratas, que prefirieron renunciar al amor de la duquesa antes que perder la vida!

Llegó a su casa y sonrió tristemente al ver la miseria de aquel ajuar, la sencillez de los muebles, la modestia del decorado. Y lo comparaba mentalmente con el soberbio palacio de la duquesa. Tal vez a la misma hora la ardiente duquesita que tenía cierta crueldad de señora feudal, como aquella heroína que cuenta el poeta Schiller echó un guante en la jaula de los leones para que su amante fuera a recogerlo, estaría soñando con los palacios fantásticos del rajá, con las mansiones de aquel señor de la India, poderoso y absoluto, que reinaba sobre millones de hombres.

—¡Y pensar que todo es mentira! — se dijo. — ¡Que si la misma duquesa se hubiese fijado detenidamente en mi traje, habría



visto que las piedras preciosas eran falsas y el oro de latón!

Pasó una noche cruel, sin poder conciliar el sueño, agitado por hondas pesadillas en las que figuraban siempre un tigre y una mujer... Esas dos cabezas se amalgamaban, se confundían a veces de modo monstruoso, o se trocaban y sobre el cuerpo de Eva de la duquesa aparecía la cabeza escalofriante de la fiera, y a veces también sobre el cuerpo estriado del tigre creía ver aparecer la linda cabecita de la Mari.

Se levantó a primeras horas de la mañana, tomando un corto desayuno. La dueña de la pensión le advirtió cariñosamente:

—Hace usted mala cara, Enrique. ¿Por qué no dormía más?

Me encuentro bien. Y quiero salir ahora mismo a aprovecharme de esas deliciosas mañanas de abril.

Salió a la calle y respiró amplia, profundamente, el aire de aquel nuevo día.

Día sensacional, día de oro o de muerte en el libro de su vida. ¿Volvería a ver nunca otro? ¿No sería acaso el último de su existencia? Esa posibilidad le estremeció.

¡No, no! Todo convidaba a la vida. Y él

no quería morir. De repente, resolvió no ir al Parque Zoológico y desaparecer para siempre de la vista de aquella duquesa que le había embrujado la vida.

¡Pero no verla más, no volver a sentir nunca el roce de flor de aquella boca en relieve!

Enrique era un sentimental, un romántico. Lo había sido desde su primera juventud... Y ahora quería demostrar que continuaba siéndolo.

Amaba a la duquesa, no podía vivir sin ella.

Una voz noble, que hablaba en nombre de la inteligencia y no del corazón, pareció decirle:

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Qué vas a sacar con entrar en la jaula del tigre? La fiera se echará sobre ti y de un zarpazo aniquilará ese conjunto de células que constituyen tu organismo. No es una heroicidad lo que vas a hacer, sino una temeridad, un suicidio. Es imposible que salgas con bien. Has de morir en la aventura. De cien probabilidades hay noventa y nueve en tu contra. ¡Loco, eres demasiado joven para morir!... Si a lo menos tuviese probabilidad de



vencer... Pero como caerás destrozado por los dientes del tigre, tampoco conseguirás obtener el amor de la duquesa. ¡Sacrificio estéril! No lo hagas. Al menos, ya que no el cariño de esa criatura caprichosa y voluble, de esa aristócrata que quiere ver a los hombres cómo mueren por su causa, conserva tu vida, no la entregues en holocausto de un ideal absurdo. Tu sangre derramada serviría para aumentar el prestigio de vampirismo de esa mujer. No lo hagas.

Habló de manera tan ponderada la voz de su pensamiento, que Enrique se convenció a sí mismo de que tenía razón y que de ningún modo debía exponer su vida... Además, el aire puro que el joven respiraba, la grata esencia que venía de unos jardines en flor, la luz amorosa del sol, eran himnos permanentes a la vida, a la gloria y a la voluptuosidad de vivir... ¿Y en tal mes él quería morir?

Llegó al circo. Y paseando por aquellos pasadizos sombríos, entre aquellas gentes de vida bohemia, la voz del corazón se volvió a quejar, protestando contra la de la inteligencia.

— ¡Cobarde! ¡Tímido! ¿Por qué temes?

Ya los clásicos decían que la audacia ayuda a la juventud, y en tu caso la juventud es también el amor. ¡No te amilanes! ¿Es que acaso eres tú el primer hombre que se ha metido dentro de la jaula de un león o de un tigre? ¡No! Si permaneces inmóvil, si conservas la serenidad, no te ocurrirá nada, nada en absoluto. Las fieras también retroceden ante los audaces. Y una vez hayas vencido, pasando con éxito aquel instante de peligro, la duquesita cumplirá su deliciosa promesa. Tendrás su amor, el amor apetecido y no logrado por los hombres más poderosos de la tierra. ¡Tú... un comparsa, un empleadillo que gana cincuenta francos a la semana, sabrás de la delicia de unas horas de amor con una mujer divina!

¿Que ella te cree un rajá? Engaña la durante algún tiempo. Luego, apártate de ella, desaparece, no la vuelvas a ver. El amor ha de ser intenso y crepitante como el fuego, y como el fuego, de corta duración... El amor que dura mucho, siempre termina en cenizas.

¿Qué? ¿No te convences? ¡Bien, hombre! Escucha la razón, oye la voz de los buenos consejos, la voz santa y tímida de los que



jamás salieron de la vulgaridad. Vuelve a tu puesto de comparsa y no pienses más en esa duquesa que electrizó tus sentidos y tu alma. ¡Olvídale, si puedes! Otro, más audaz que tú, la conseguirá al fin. No creas que todos sean tan cobardes como el duque, el marqués y el conde aquellos...

Enrique hizo un gesto de rebeldía; se puso la mano derecha sobre el corazón y luego sobre la frente, como si quisiera hacer callar aquellos dos adversarios que le importunaban.

Y ahora su temperamento débil, sentimental, le inclinaba de nuevo de parte del corazón, comprendiendo que estaba demasiado enamorado para dejarla de modo definitivo.

Vió avanzar por uno de los corredores a Jolo, el domador de tigres, que cada noche, revólver en mano, entraba en la jaula, haciéndose obedecer de aquella jauría que saltaba y brincaba con unas ansias feroces de despedazar.

—Jolo, ¿le ha ocurrido nunca algún accidente en su carrera?—le preguntó.

—¡No! Pero quizá algún día me suceda.

No seré el primero ni el último en ver desgarrado mi cuerpo de un zarpazo.

—Es muy peligrosa su profesión, ¿verdad?

—No se la aconsejo...—dijo sonriente.

Enrique sonrió también, pero con una sonrisa que era una mueca de espanto.

—Pero, ¿cómo se las arregla usted para que los tigres le obedezcan?—preguntó.

—Muy sencillo.

—¿El revólver?

—Ayuda, pero no es lo principal.

—Entonces...

—¡Mire usted! A los tigres, como a las mujeres, las fascina el color de un uniforme y la personalidad del que lo viste. Pese a las mujeres les gustan tanto los militares,

Jolo se alejó y Enrique quedó paseando por los corredores, preguntándose qué iba a hacer.

A pesar de los malos informes que Jolo le había proporcionado acerca del riesgo que había en su profesión, se decidió a entrar en la jaula, pues no quería aparecer cobarde a los ojos de la duquesa.

Aprovechándose de que Jolo había sali-



do, entró en el guardarropa y viendo un vistoso traje de húsar, se lo llevó, haciendo con él un fardo.

Entraría en la jaula con el uniforme; así el tigre le tendría mayor respeto.

Dirigióse velozmente al Parque Zoológico.

Habló con el director, pues necesitaba naturalmente que le abriesen la puerta de la jaula.

—¿Me permitiría usted, señor director, entrar esta tarde en la jaula del tigre?—le dijo.

—¿Sabe usted lo que dice?—contestó, asombrado.

—No estoy loco; haga el favor de creerme.

—Pero, ¿por qué motivo? ¿Se trata acaso de una apuesta?—dijo, intrigado.

—Se trata de una mujer...

—¡Ah, lo comprendo perfectamente!—añadió, socarrón—. Usted quiere huir de una mujer. ¿No es eso?

—No, lo contrario; es para acercarme a una mujer.

Rascóse el director una oreja. No entendía, decididamente no entendía.

—¿No tiene usted miedo?

—Cuando le hago la petición, es que he apartado el miedo de mí.

El director se echó a reír y dijo:

—Pues, está usted de suerte, amigo mío. Entrará usted en la jaula sin el menor riesgo...

—¿Y eso? Yo creía...

—El tigre murió anoche. Está aún en la jaula. Parece dormido. Puede usted entrar en ella, de todos modos, si le conviene, para acercarse a esa extraña mujer que tales cosas exige.

—¡Sí, sí! ¡Entraré! ¡Y gracias, gracias! Me devuelve usted parte de la vida. Le he de ser sincero. Tenía miedo de entrar en la jaula... pero lo hubiera hecho porque nada inspira tanto desprecio a una mujer como un hombre cobarde. Y la mujer que yo quiero, ama a los valientes, a los audaces. ¡Oh, bondadoso tigre, eres para mí providencial! Me vas a dar patente de héroe sin experimentar ningún riesgo.

—¿A qué hora será el experimento?

—A las tres.

—Entonces mandaré a esa hora un empleado para que le abran la jaula.



—Gracias, gracias, señor director.

Y, pleno de júbilo, le estrechó la mano cordialmente, y luego se fué a pasear por el parque, contemplando a los animales que, encerrados en las jaulas, lanzaban al verle pasar un feroz grito de hambre, indicando que se acercaba la hora de la comida.

\* \* \*

A las tres en punto llegó al Parque Zoológico la señora duquesa, acompañada de sus amigos aristócratas, que de antemano estaban seguros de que el rajá no cometería la locura de encerrarse en la jaula a menos que quisiera suicidarse, escogiendo por ella aquella muerte poco vulgar...

No lo creían, sin embargo. El rajá parecía estar en el mejor de los mundos y se resignaría, seguramente, a perder el amor de la duquesa antes que perder algo más importante e irremplazable: la cabeza.

El duque, el marqués y el conde, sonreían, pues la derrota del rajá indicaría a la duquesa que no había hombre capaz de realizar aquella hazaña, a no ser un doma-

dor profesional, y entonces la valentía caería de mérito.

La duquesa iba monísima. En sus ojos florecía la rosa de la sonrisa, una sonrisa de sangre y de voluptuosidad, una sonrisa de fiera, si las fieras pudieran sonreír...

No estaba tampoco muy segura de que el rajá realizase su promesa. Más bien pensaba que el astuto oriental no acudiría a la cita. Y lo lamentaba, porque su corazón experimentaba por aquel hombre una inclinación extraña, prometedora de sentimientos de mayor intimidad.

La duquesa avanzaba lentamente, contoneándose de modo indolente, agitando en su fina mano un guante blanco que de vez en cuando contemplaba con malicia.

Más que una duquesa altiva, semejaba en aquel momento una hembra bravía de los antiguos tiempos, que esperara contemplar la lucha a muerte, en uno de los anfiteatros abarrotados de una multitud ávida de sangre y estremecida por la voluptuosidad del combate.

Su mirada, vaga y soñadora, dejaba escapar de vez en cuando un fulgor inexplicable



y raro que tenía en el fondo algo de terrible.

Complaciase de antemano en la humillación casi segura que esperaba infligir al rajá, viendo que no era capaz de afrontar el peligro frente a frente.

—El rajá la debe estar ya esperando en la jaula—dijo el duque, riendo.

—Y en la actitud de un domador—exclamó el conde.

—A lo mejor, la fiera besa sus pies—añadió el marqués.

—Pronto vamos a salir de dudas. Ojalá no se equivocasen ustedes—respondió la duquesa acelerando el paso.

Y llegaron al pabellón donde estaba encerrado en una jaula el feroz tigre de Bengala, la hermosa fiera del desierto que sabe de ataques a traición.

Levantaron todos los ojos hacia la jaula y quedaron petrificados, heridos por una sorpresa inenarrable, mirándose asustados como si no creyeran lo que estaban viendo.

Allá, dentro de la jaula, tranquilo, elegante, vestido con un magnífico uniforme, con un pie sobre el corpachón abatido de la fiera, hallábase el rajá, que saludaba fi-

namemente a la duquesa, sin el menor temblor, sin la menor emoción visible, más impávido que la noche anterior ante su figura de Venus envuelta en chales de gasa transparente.

Apenas podían comprender lo que veían. Les parecía imposible lo que estaba ocurriendo.

El pie del rajá se posaba suavemente sobre la fiera extendida a sus pies con los ojos inmóviles y caídos como si durmiese... Pero era el tigre, el mismo tigre que otras veces, a la vista del público, se ponía de pie y avanzando su imponente figura se lanzaba contra los fuertes barrotes de hierro, deseando apresarlos y triturarlos entre sus dientes agudos como puñales.

—¡Y ahora... ahora!

—¡Quietos, César, no te muevas!—le decía Enrique, sin tocar siquiera con el látigo que tenía por precaución en la mano, la piel tornasolada del tigre.

Y el animal seguía inmóvil, como si estuviera hipnotizado por las dotes poderosas de algún taumaturgo.

Enrique, sonriente, contemplaba con orgullo a la duquesita, y a los tres aristócrata-



tas, que, boquiabiertos, tenían una expresión de completa idiotez.

¡Qué bien habían salido las cosas! pensa-



*El pie del rajá se posaba marcadamente sobre la fiera...*

ba el rajá. ¡Y aquellas gentes ignorarían siempre que estuviese sobre el tigre sin vida!

El rajá quiso causar todavía mayor im-

presión a la duquesa y tuvo una acción romántica, de caballero de otra Edad.

Sin inclinarse, con la punta de su fino latiguillo, fué recogiendo todos los guantes blancos que había esparcidos por el entarimado de la jaula, los tres guantes aquellos que la duquesa había dejado en otro tiempo sin que ninguno de los aristócratas hubiese tenido valor para recogerlos. Y ahora, el rajá, con adorable sonrisa, los fué lanzando uno a uno fuera de la jaula.

—Este para el conde, mi duquesa; éste para el marqués, y éste, con mis cumplidos para el duque...

Los nobles estaban avergonzados... Instintivamente fueron retrocediendo hacia la puerta, deseando desaparecer, fundirse ante aquella humillación...

Enrique, después de acariciar la cabeza del tigre, noble animal que luego de muerto le prestaba tan excelente servicio, salió de la jaula.

¡Adiós, tigre de Bengala! Si Enrique fuese rico, habría comprado su piel para tenerla en su despacho como trofeo de la peregrina victoria. Pero iba aquella piel seguramente a adornar el camarín de algún

personaje, ignorante de que el tigre había sido el cómplice de una discreta aventura de amor.

Enrique acercóse a la duquesa, que le miraba con el éxtasis y la admiración con que se contempla a los ídolos.

Ella cogió del brazo y salió con ella del pabellón, temeroso de que si continuaba allí, la inmovilidad de la fiera pudiera hacer entrar en sospechas a la duquesita.

Los tres aristócratas se acercaron a ellos y, comprendiendo que se las habían con un hombre superior, le brindaron sin encono alguno sus manos y su afectuosa amistad.

—¡No sentimos envidia! ¡A todo señor, todo honor!—dijo el duque.

—¡Usted lo merece todo!—indicó el conde por su parte.

—Hasta lo más bello y apetecible—añadió el marqués.

—Son ustedes francos... A lo menos, confiesan ustedes su cobardía con una sinceridad que les honra—dijo la duquesa.

Enrique, modesto, quiso quitar importancia a su hazaña.

—Parece que las fieras conozcan a los hombres de Oriente—dijo—. Nosotros y

ellas somos de aquel país y nos une un lazo, imperceptible para todos los demás. Los europeos no pueden comprender eso. A ustedes les temen, les temen porque sólo se han acercado a ellos para exterminarlos.

—¿Y ustedes?—dijo Beatriz.

—Nosotros también les hemos exterminado, pero no a todos. Les dejamos en sus selvas y aun a muchos les consideramos sagrados.

La duquesa parecía impaciente. Miraba a sus amigos con una expresión intranquila. ¿Es que no comprendían? Estaban estorbandola. Beatriz necesitaba hallarse a solas con el rajá.

Por fin, el duque, el marqués y el conde se despidieron, saliendo del parque, convencidos de que la duquesita iba a regalar la miel de sus labios a aquel domador de fieras, de hombres y de mujeres.

Y cuando los tres hubieron desaparecido, la duquesa cogió alegremente, con un ademán conyugal, el brazo de Enrique y dijo con una sonrisa de esperanza:

—Al fin he encontrado un hombre valiente... un hombre como no creía que pudiese existir...



\* \* \*

Pascaron los dos largo rato por la espesura de los jardines, a cubierto de las miradas indiscretas de paseantes y curiosos.

Ella le miraba tiernamente y de vez en cuando se detenía para decirle con emoción una palabra de gratitud.

¿Cómo iba a olvidar nunca, nunca, lo que acababa de hacer para demostrarle su cariño?

—Seré tuya... tuya... porque has rendido mi voluntad, porque te quiero como no he querido a nadie.

Y Enrique, oyéndola expresarse, ahora que acababa de conseguir la más preciada victoria, se sentía lleno de inquietud...

Amaba a la duquesa; se daba cuenta de que no era un amor frívolo y sensual lo que le unía a aquella criatura, sino algo duradero, que llegaba al fondo de su alma y le hacía rendir a aquella mujer cada uno de los minutos de su vida y cada uno de los latidos de sus arterias.

La quería, la quería y viéndola apoyarse en su brazo con el gesto de la amante ven-

cida dispuesta a ser toda del hombre adorado, sentía un misterioso remordimiento como si fuera a tomar lo que no era suyo.

¡Ah, de qué manera tan villana, tan burda, había engañado a aquella mujer! Le creía un valiente, y no sólo era el peor de los cobardes, sino también un farsante, un impostor que engañaba a una criatura que fiaba en la caballeridad inmaculada de quien le había prometido la verdad.

Aquella mujer sería suya, pero, ¿sería verdaderamente de Enrique, del alma que regía toda la vida de Enrique?

¡Oh, no! Ella, al besarle, besaría al hombre valiente, besaría al rajá, al señor imaginario de los palacios encantados, al hombre que realmente no existía, que no era más que el producto de una fantasía y de una farsa trágico-cómica. El Enrique que la quería, porque era el único que la podía querer, el Enrique humilde, comparsa, cobarde, insignificante, hormiga anónima entre el hormiguero del mundo, el Enrique de todos los días, no lo conocía la duquesa.

Y sintió una tristeza profunda y hasta unas ganas extrañas de llorar. ¡El, que nunca había llorado!



Iban avanzando por aquellas alamedas y aquellos caminitos encantados donde entre el verdor de una vegetación maravillosa sorprende de pronto el grupo escultórico de unos angelitos o de unas figuras delicadas en actitud de hacerse el amor... Todo era como en un paraíso, como en un nido de paz... Sonaba a lo lejos el rumor de una fuente, el agua que cantaba con esa música del agua, que la recoge más el corazón que el propio oído.

Y Enrique se avergonzó de sí mismo... Y su alma quiso confesar la verdad, aunque ello implicara naturalmente la pérdida de aquel amor y la recriminación violenta de una mujer que se sentiría humillada al haber creído a un hombre de casta inferior, de la casta despreciable con que ella le vería desde su altura de aristócrata.

Hasta tenía miedo de que le pegase en un acceso de legítima y justificada indignación. Y él no huía, pues se sentía merecedor del castigo.

—¡Has estado admirable, maravilloso!... Confía en ti. Tu serenidad y tu valor han sido sorprendentes.

Detúvose de pronto y, rodeando con sus

brazos el cuello del hombre que tan completamente la había subyugado con su arrogancia, le dijo con palabras que le temblaban de emoción:

—¡Bésame, querido mío! ¡Te quiero!

Enrique, confundido, acercó los labios a la boca de ella anhelante y húmeda... Esparcía un aroma suave, penetrante, pues la boca era un cáliz de olor... Pero de pronto Enrique, bruscamente, cubrióse el rostro con las manos, como agitado por una gran excitación.

—Pero, ¿qué tienes?

Y ella volvía a ofrecer los labios, temblorosos y encendidos, con la contracción aspirante del deseo.

Enrique, angustiosamente, habló así, mirándola con un dolor profundo:

—Mi duquesa, mi duquesa... perdóneme.

—¿De qué debo perdonarte? ¿De aquel beso de anoche? Bien lo ganas hoy... ¡Yo te lo ofrezco! ¡Tómalo!

—Señora duquesa, usted no sabe... Usted no puede imaginar... que yo sea tan mal hombre.

—Pero, ¿a qué viene todo eso?—preguntó, sorprendida y sin comprender.



—Yo no soy lo que usted se imagina...

—¿Cómo?

—Sí, desgraciadamente. Todo cuanto ha sucedido, sólo ha sido un sueño esplendoroso.



—Yo no soy lo que usted se imagina...

so, que no se borrará jamás de mi recuerdo.

—¿Qué dice usted? ¡Yo no puedo comprender! ¡Hable, por Dios!

—¡Oígame bien, señora! —y fué midien-

do las frases lentamente, como si le costara pronunciarlas—. Ni soy príncipe, ni rajá, ni caballero, sino un simple comparsa en el Circo Royal, sin otra misión que la de estar sentado en un trono colocado encima de la testuz de un elefante.

—¡Imposible! ¡Oh, no, no!—protestó la dama mientras sus ojos llameaban de ira.

—Cierto, cierto, y no es eso sólo, señora duquesa... Mi valor es también mentira. Si el tigre no hubiera estado muerto hace pocas horas, no me hubiera yo hallado tan ufano haciendo alardes dentro de la jaula de la fiera.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—protestaba la duquesa—. ¡Usted se burla de mí, usted me engaña!

Ahora es cuando no miento, yo que con usted he mentado siempre porque la amaba... El tigre estaba muerto. Todo ha sido una farsa indigna para atraerme su cariño. La amé a usted desde la primera noche que la vi en el teatro... y para conservar su cariño inventé mi título de rajá... Pero ahora el sueño ha terminado.

La duquesa ya no prorrumplía en exclamaciones. Sus hermosos brazos caían a lo



largo de su cuerpo, en una actitud de desfallecimiento y de emoción. De sus labios había desaparecido la sonrisa y ahora estaban pálidos como dos rosas que comenzaran a marchitarse...

—Yo no merecía eso... no merecía ese engaño... Me confié en usted con todo mi corazón—suspiró Beatriz—. ¡Desdichada!

—Culpe al amor que yo le tuve. Perdóneme, señora duquesa. Olvídense de mí, de mi pobre vivir de comparsa... Yo, en el marco de mi existencia cotidiana, jamás me olvidaré de estos días, nunca dejaré de recordar a la mujer que me sonrió.

Y, haciendo un saludo reverente, Enrique alzóse por una de las floridas alamedas de aquel parque, mientras la duquesa le seguía, pálida y triste, con la mirada, ahogando un cruel suspiro y un agudo dolor en el corazón, porque aquel hombre le había hecho gustar las sensaciones supremas de la grandeza y del valor sin tener en sí nada de grande ni de valiente.

Y poco después ella salió del parque, pareciéndole que todo cuanto le rodeaba era triste y había desaparecido el sol, dejando de iluminar aquellos jardines de colores so-

bre los que había caído una noche rápida y cerrada.

\* \* \*

Enrique volvió a su casa y despojándose del traje de húsar se vistió el de paisano.

El traje, caído en un rincón, era la imagen de sus ilusiones, también desvanecidas.

Había pasado unas horas adorables, en que consiguió obtener la categoría de héroe; pero la realidad volvió pronto a él para hacerle comprender que es absurdo vivir siguiendo a la ilusión.

Por un momento se acusó de haber sido demasiado leal. ¿Por qué haber confesado a la duquesa toda la verdad? Si él hubiera tejido un poco más de imaginación habría dado a la aventura un bello epílogo en armonía con la graciosa obra de la que había sido el protagonista principal.

Antes que todo, habría pasado unas horas de amor con la duquesa, habría oído la música de sus besos. Después, hubiera podido inventar cualquier historia, seguir haciéndose pasar como un rajá caprichoso que



trabajaba en el circo para recordar, lleno de nostalgia, sus tiempos de la India.

Pero rechazó pronto ese cúmulo de fantasías. ¡No, no! Ante todo la verdad.

El verdadero amor no quiere engaños, no sabe de mentiras ni de secretos.

Y había preferido renunciar definitivamente al imposible amor de la aristócrata a seguir engañándola de modo tan perverso.

Volvió al circo y devolvió el traje de húsar, testigo de un momento de falsa heroicidad.

Otra vez en el circo, en su elemento, en su vida... Vió en uno de los patios al elefante, que movía su trompa y sus enormes orejas reconociendo al amo con visible alegría.

Enrique fué a acariciarle con profunda ternura, como si le pidiera perdón por haberse avergonzado de ser su amigo.

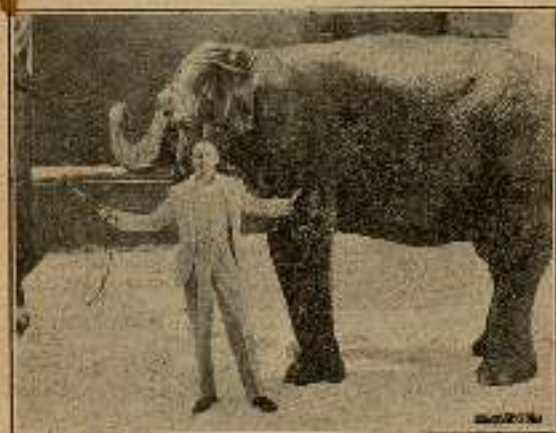
La sesión de la tarde iba a empezar.

De nuevo Enrique tuvo que vestir su traje de rajá, el otro disfraz con el que había engañado a la duquesa.

Tenía razón Jolo, el domador. Las mujeres aman tanto por los ojos como por el

corazón. El brillo, el colorido de los galones, las seducc, las predispone a ser amables.

Enrique, desengañado definitivamente, sabía que la duquesa no le perdonaría nun-



*Otra vez en el circo, en su elemento, en su vida...*

ca... Era absurdo pensar en que ella bajase hasta él... Y el comparsa estaba tan bajo, en los últimos peldaños del vivir humilde, donde se arrastran las pobrecitas hormigas...

El antiguo comparsa sintió nacer en su



alma la ambición. ¿Por qué no ser actor, por qué no procurar ser, por ejemplo, un buen bailarín, tener un número y una representación propia?

Y fué a hablar con el empresario, rogándole le permitiese ir desde el día siguiente a entrenarse para bailar. Le parecía que había de hacerlo bien; se sentía artista.

—Yo le ayudaré. Veremos para lo que usted sirve — le contestó el empresario—. Tal vez sea para el baile un verdadero artista... o tenga, en cambio, plomos en los pies. Pero, sea como sea, piense que con constancia conseguirá lo que quiera. No sería usted ni el primero ni el último que tal hiciese... Sólo vence la tenacidad... Y a propósito, ¿qué hay de lo de la duquesa? ¿Si que usted tan enamorado de ella?

—Eso pasó ya—contestó escuetamente.

—Lo celebro. Hay que poner lógica en todo... Y no empeñarse en lo que humanamente es imposible.

Apartóse Enrique lentamente, hiriéndole en el alma aquellas palabras del empresario.

¡Humanamente imposible! ¡Era verdad!

¡Pues, a no pensar más en ello, a olvidar para siempre aquella aventura extraña!

Pero en el mismo instante, una figura de mujer que avanzaba por un cercano corredor, le heló la sangre en las venas.

¡Gran Dios! Creyó ser juguete de una pesadilla, de una visión, y pasó instintivamente las manos sobre la cara, como rechazando la aparición inoportuna... Pero la figura avanzaba, adquiriendo relieve y personalidad.

¡Ella! ¡La duquesa!

Iba divinamente hermosa, hermosa como la propia obra del amor y en sus labios volvía a florecer la primavera, siempre renovada de la sonrisa.

Instintivamente Enrique retrocedió unos pasos, deseó huir, fundirse en el suelo. Pero sus pies se clavaron en tierra al escuchar una voz suave que le decía con delicado acento.

—¡No se vaya!

—¡Oh, señora duquesa! ¡Usted... usted aquí!

Y miraba de un lado a otro, como si temiera ver aparecer a algún compañero de circo.



Mas, por fortuna, aquel corredor estaba desierto y ellos podían hablar sin testigos.

Ella se fué quitando lentamente un guante. Enrique la miraba con miedo, temiendo alguna agresión. Pero la actitud de la aristócrata no era de guerra, sino de paz.

—Vamos, vamos. No debía haber venido, pero no he podido resistir la tentación de conocer tu verdadera vida—le desgranó la voz de ella.

—¿Para qué?

—¿Y me lo preguntas? ¡Ah, rajá, rajá! ¿Qué poco conoces a las mujeres! ¿Cómo te llamas?

—Enrique Herley.

—Pues, Enrique, ¿no lo adivinas? Te perdono todos tus engaños, todas tus traiciones.

—Señora duquesa... ¡No, no! No se burle de mí. No me engañe también. El dolor sería luego demasiado grande.

—Yo nunca he engañado, Enrique, nunca. No he hecho como tú... Y ahora te digo que me interesas y quiero que seas buen amigo mío... Tu engaño fué por cariño hacia mí... y yo eso siempre lo perdono.

Era aquello tan inesperado, que Enrique, loco de júbilo, no sabía qué contestar.

Inconscientemente sus brazos rodearon el talle de aquella mujer, la única que había amado en el mundo, y sus labios se acercaron a los de ella.

—¡Beatriz! — murmuró, tembloroso—. ¡Beatriz! ¡Dime que no me engañas, dime que no te estás burlando cruelmente!

—No hubiera venido para burlarme de ti, para engañarte... No, Enrique. Has sido el primer hombre interesante que he encontrado en mi camino. El primer hombre, el que me hizo soñar con algo maravilloso y extraordinario. ¿Qué importa que luego haya venido la realidad? ¿No es siempre así la vida? Una ilusión, una bella mentira que tomamos por cosa real... Los demás hombres que se acercaron a mí no quisieron siquiera poetizar sus vidas con un poco de poético interés; tú, sí, tú, desde tu pequeñez humilde de comparsa, conseguiste hacerme vibrar como si me encontrara ante un hombre extraordinario... Tú has sido la ilusión y ya no la abandono, Enrique... Ahora te quiero como eres... porque, además,



tuviste el valor de confesar lo que no eras.  
¡Y te perdono!

Y la boca roja se abrió y sus dos conchas de flor aprisionaron los labios varoniles.

Enrique no hablaba, no sabía decir ya ninguna palabra...

Overon pasos y los dos amigos acabaron su caricia.

—Después de la función te espero — le dijo ella.

Enrique trabajó, radiante de felicidad, observando que la duquesa estaba sola en el palco, no habiendo admitido, como otras veces, a ningún admirador.

Esto quería decirle que ya era del humilde comparsa, del hombre a quien el corazón resplandecía ahora como una roca de luz.

\*\*\*

La duquesa y el comparsa marcharon de Europa y se casaron... Adquirieron un circo poderoso, una verdadera ciudad ambulante, con la que recorren el mundo, llevando por todas partes la ilusión y la fantasía como visiones de linterna mágica que

iluminasen el alma oscura de los pueblos.

Enrique es ahora el director, y ella, la divina duquesa que sólo vive por el hombre que quiere, aparece en la pista todas las noches, vestida de blanco y montada en un soberbio alazán, al efectuarse el desfile inicial de todos los artistas del circo.

Y los mejores aplausos son para ella, figura rubia escapada de un cuadro simbolizando la juventud.

Nada enturbió la fresca lozanía de aquellos amores... Sólo a veces, al contemplar las jaulas donde permanecen encerrados los tigres, la duquesa y Enrique se sonríen, y él aparece un poco avergonzado.

—¿No quieres repetir tu "hazaña" del Parque Zoológico?—le dice ella, riendo—. Hay muchas jaulas y tigres más pequeños que aquel.

—Sólo me meteré en una de las jaulas si un día me dejas de querer—contesta él, riendo.

Y ella le besa, para indicarle que ese día sólo llegará si llega la muerte.

FIN

Ha sido revisada por la censura



**Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

**Orquídeas salvajes**  
**El Caballero**  
**Egoísmo**  
**La máscara del diablo**  
**El pan nuestro de cada día**  
**Vieja hidalguía**  
**Posesión**  
**Tentación**  
**La Pecadora**  
**El beso**

Acaba de aparecer:

**Ella se va a la guerra**

por Eleanor Boardman, John Holland, etc.

En breve:

**LOS HIJOS DE NADIE**

por Lada Gya

**Precio: 1 peseta**

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

**aparece los sábados y sólo publica  
asuntos de buen gusto**

- Número 1: Puertas cerradas, por Virginia Valli. — Postal-bicolor: JANET GAYNOR  
Número 2: Madre pecadora, por Irene Rich. — Postal-bicolor: CHARLES FARRELL  
Número 3: Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol. — Postal-bicolor: MARY DUNCAN  
Número 4: La Lasa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster. — Postal-bicolor: EDMUND LOWE  
Número 5: La mujer de Satanás, por Mercedes Albani y Jack Trevor. — Postal-bicolor: POLA NEGRI  
Número 6: Jimmy, el misterioso, por William Haines y Lella Hyams. — Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER  
Número 7: Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray. — Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON  
Número 8: Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor. — Postal-bicolor: CHARLES MORTON  
Número 9: Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc. — Postal-bicolor: FAY WRAY  
Número 10: Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford. — Postal-bicolor: DAVID ROLINS  
Número 11: En la Vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe. — Postal-bicolor: MARY PICKFORD  
Número 12: Honrarás a tu madre, por Mary Carr. — Postal-bicolor: GARY COOPER  
Próximo número:

**Nobleza baturra**

=====

**Éxito verdad de**

## **La Novela para todos**

Publicación semanal de novelas  
para todos. Excelentes asuntos

**Precio: 30 céntimos**

=====

PRÓXIMAMENTE:

## **Biblioteca Rodolfo Valentino**

Selecta colección de todos los asuntos interpre-  
tados por este inolvidable artista · Lujosa pre-  
sentación · Numerosas fotografías en el texto.

**Precio: 50 céntimos cada librito.**

Se admiten encargos.

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Dietos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 78057 - Barcelona



E. B.